

ISSN: 1576-7914

TROPICALISMO Y ROMANTICISMO: EL VIAJE DE FRANCISCO MOURELLE DE LA RÚA POR EL OCÉANO PACÍFICO (1780-1781)

*Tropicalism and Romanticism: Francisco Mourelle de la
Rúa's Journey around the Pacific Ocean (1780-1781)*

José María GARCÍA SÁNCHEZ
Eastern Washington University
jgarcia@ewu.edu

Fecha de recepción: 17/11/2009

Fecha de aceptación definitiva: 06/12/2009

RESUMEN: La zona tórrida o tropical limitada por los dos trópicos de Capricornio y de Cáncer fue imaginada por las mayores potencias del siglo XVIII, España, Francia e Inglaterra, como una zona de encuentro de la otredad donde los discursos tropicalistas, ambivalentes, aparecieron escritos con dosis o bien de ferocidad e infertilidad, o bien de exotismo y abundancia.

Francisco Mourelle de la Rúa fue uno de los navegantes más experimentados que surcaron las aguas internacionales durante el último tercio del siglo XVIII, uno de sus viajes comprendió una de las zonas «tropicales» por excelencia, el viaje emprendido desde San Blas de Nayarit en México hasta Manila y su regreso es el objeto de análisis de este estudio.

Palabras clave: Tropicalismo, Romanticismo, Francisco Mourelle de la Rúa, exploración, Océano Pacífico.

ABSTRACT: The Torrid or Tropical Zone limited by the two tropics of Cancer and Capricorn was imagined by the greatest powers of the 18 Century, Spain, France, and Great Britain as a meeting area of the otherness where the tropical

discourses, ambivalent, appeared written either with dose of ferocity and infertility, or exoticism and abundance.

Francisco Mourelle de la Rúa was one of the most experienced sailors that plied the international waters during the last third of the eighteenth century, one of his trips included one of the «tropical» zones par excellence, the trip embarked from San Blas in Nayarit in Mexico and his return to Manila is the object of analysis of this study.

Key words: Tropicalism, Romanticism, Francisco Mourelle de la Rúa, exploration, Pacific Ocean.

Francisco Mourelle de la Rúa fue uno de los navegantes españoles más experimentados que surcaron las aguas internacionales durante el último tercio del siglo XVIII. Aunque participó en varias de las exploraciones al Pacífico Noroeste, uno de sus viajes comprendió una de las zonas «tropicales» por excelencia; el viaje y retorno emprendido desde San Blas de Nayarit en México hasta Manila, en el lago español (1780-1781). Este estudio recalca en los aspectos románticos que forman la visión tropicalista que capta el marino ya sea para perpetuar o impugnar la misma.

Amancio Landín Carrasco, principal estudioso de nuestra figura, refiere de Francisco Antonio Mourelle de la Rúa que nació en San Adrián de Corme en 1750, hijo de Domingo Antonio Mourelle de Lema y Andrea de la Rúa Vecino, el cuarto de cinco hijos. La falta de ingresos de la familia Mourelle de la Rúa no le permitió entrar en la Real Compañía de Guardia Marinas y por ello entró en la Academia de Pilotos de El Ferrol a la edad de 13 años. Así discurrieron sus comienzos en la mar, primero en el Mediterráneo y posteriormente en el Atlántico, hasta que se examinó y consiguió el título de pilotín. El primer destino como primer piloto lo conseguirá en el Puerto de San Blas en 1775, aquél fue el segundo de los viajes de reconocimiento emprendido por los navegantes españoles, después del primero realizado por Juan Pérez en la costa septentrional del Pacífico y al que le seguirían otros dos viajes, además de un viaje a Cantón en China en 1786 y 1787. El resto de su carrera es conocida por sus acciones militares contra los ingleses ya en las costas peninsulares. Murió en 1820 en Cádiz.

Desde que las regiones tropicales fueran demarcadas desde la antigüedad clásica de forma horizontal en frígida, templada y tórrida hasta la utilización de isóneas de temperatura y precipitación (Humboldt) para demarcar la tropicalidad de ciertas zonas, su delimitación ha fluctuado constantemente debido a las variaciones geográficas o climáticas que esas mismas zonas tan genéricas registran. Algunos de los mayores exponentes del discurso tropicalista, aunque engendrados desde el comienzo de la conquista en el Caribe, fueron incautados a partir del siglo XVIII por la geografía colonial al servicio de los estados «temperados». La zona tórrida o tropical, limitada por los dos trópicos de Capricornio y de Cáncer, fue imaginada como una zona de encuentro de la otredad. Los discursos tropicalistas,

a menudo abocados al etnocentrismo europeo y marcados por una visión dual aparecieron cargados con dosis distópicas de ferocidad, gigantismo, insalubridad, infertilidad o por otro lado, utópicas y conminadas al erotismo, la abundancia o la magnificencia e idealización.

El estado de la cuestión sobre el tropicalismo ha surcado variablemente diversos derroteros. En su sentido lato y por influencia de las tesis naturalistas del siglo XIX (Guivanni B. Teran) la «tropicalización» se refirió a la exposición por parte de los viajeros a un espacio de la diferencia que condujo a «un proceso degenerativo en virtud del cual los conquistadores españoles, «bajo la influencia telúrica y social de América» sufrieron «un trastorno moral» y se hicieron crueles, feroces, inhumanos, con los indígenas y con ellos mismos (Gerbi, 530). Esta variante decimonónica positivista, la cual estereotipó el ambiente tropical de manera definitoria, repercutió en todo el espectro de investigaciones científicas de cariz médico¹.

En otro orden, sobresalen las aportaciones realizadas por el tropicalismo geográfico francés encabezado por Pierre Gourou, así como las corrientes de estudios tropicalistas caribeñas ungidas por el antropólogo cubano Fernando Ortiz en los años 40 y diseminadas por otros críticos como Augusto Pérez Firmat y Benítez Rojo. No podemos olvidar por su mayor difusión cultural popular, la dimensión y diversidad artística brasilera de los 60 y 70 sobre el Tropicalismo, encabezada por Caetano Veloso.

Con todo lo anteriormente formulado, el objeto de este análisis abarca una dimensión crítica postcolonial respecto al Tropicalismo. Como han señalado Felix Driver and Luciana Martins, éste, el Tropicalismo, se distingue por ser un proceso de intercambio y negociación de significados, de transculturación más que de proyección; el fin último pretende explorar las relaciones de los fenómenos tropicalistas así como el proceso de circulación discursivo entre las llamadas zonas tropicales, las cuales conforman un complejo entramado de relaciones sociales, históricas, sociales, geográficas, entre regiones que comprenden zonas tan dispares como el Caribe, Brasil, África, sureste y este de Asia. Si a este espacio tan heterogéneo añadimos la dimensión diacrónica, en este caso formulada durante el siglo XVIII, el asunto emprendido busca una consigna o valoración de los discursos tropicalistas que permita su formulación desde las directrices postcoloniales señaladas anteriormente. Aunque los ecos de los discursos sobre los tropicalismos llegan hasta hoy impregnados de diversas variantes, es obvio que el espacio geográfico tropical es un producto de múltiples relaciones sociales, económicas, y

1. Surge toda una generación médica influida por las tesis ambientalistas y bacterianas. El primer texto de medicina tropical fue: *El Brasil del siglo XIX: La escuela tropicalista Babiana, 1860-1890* de PEARD, Julian G.

culturales sometidas al dinamismo y mutabilidad de las mismas. Tradicionalmente la visión del «Otro» ha contemplado en sí misma una visión de la propia sociedad, así como de sus expectativas; en este proceso de atención al «Otro» se produce simultáneamente un procedimiento de desterritorialización y de autoconocimiento.

Las doctrinas sobre el conocimiento humano, inspiradas durante el siglo XVIII en un primer momento por Locke en su *An Essay Concerning Human Understanding* (1690) y posteriormente por Condillac en su *Traite de Sensations* (1754) concedieron a las sensaciones reguladas por los sentidos exteriores, especialmente la vista, la prominencia del conocimiento humano. La dialéctica visual generada por los términos percepción (*view*) y visión (*vision*), y sus homólogos en diferentes órdenes que abarcan los binomios Ilustración/Romanticismo, objetividad/subjetividad han permeado todos los preceptos del pensamiento moderno y por ende la experiencia que Francisco Mourelle contempla en su viaje. No obstante, nuestra reflexión en torno a la percepción y la visión se ambienta en las tesis postcoloniales donde el actante, el espectador en este caso, no es un ente pasivo, sino un agente de intercambio y de autorrealización:

The view emerged in the contrast of a topographical aesthetic, in which landscapes are depicted at a distance, their surfaces features translated into a recognizable visual code. In this very general sense, the term belongs equally to landscape, sketching, coastal survey, and terrestrial mapping: it is part of a topographic culture in which the world is apprehended from afar. The vision, in contrast, is something that in principle takes a hold of the observer in a much more transformative way: it engages the imagination and turns the spectator into an active participation in the scene. Where the view is the product of an enlightened reason, the vision is the means of asserting a new sensibility: the realization not just of an image of the world but of a new sense of self as well².

Además de los escenarios extensos, entre ellos la montaña, que definieron el espacio Latinoamericano tropical como espacios no humanizados, uno de los lugares comunes tanto del Romanticismo como del Tropicalismo lo constituye sin duda el océano, medio que determina en gran medida el fenómeno viajero del encuentro o descubrimiento y que llega a su decadencia en los años 60 con la llegada del turismo en masa a los diferentes reductos tropicales. A pesar de que el espíritu romántico de la historiografía naval española subyace en el inconsciente colectivo, ya sea en forma de hazañas, aventuras o descubrimientos, y pergeñada en los géneros románticos al uso (poesía, leyendas, novelas históricas), el discurso de la racionalidad de cuño científico asociado a las empresas exploratorias del

2. DRIVER, Felix y MARTINS, Luciana. *Tropical Visions on an Age of Empire*. Chicago: University of Chicago Press, p. 7.

siglo XVIII ha imperado en detrimento de la ontología romántica como si de compartimentos estancos se trataran. Como hemos señalado anteriormente, el océano, sin olvidar las visiones de tierra adentro, es uno de los iconos fundamentales que categorizan en gran parte las panorámicas tropicalistas modernas hispánicas, predominando las de América y del Pacífico, últimos bastiones marítimos de colonización, mientras que otras zonas tropicales, India, África e Indochina han sido en gran parte orientalizadas históricamente.

Uno de los epígrafes más notables que se hizo ostensible respecto al romanticismo español fue su carácter periférico. De hecho toda su recepción fue constreñida al mapa simbólico fuera del registro que la Modernidad concedió a los países hegemónicos en cierne, representados en general por el norte europeo: Alemania, Francia e Inglaterra a la cabeza. Ello supuso la difícil conceptualización del Romanticismo español, su temporalización y demarcación³. Aunque España fuera para el centro europeo uno de los destinos románticos por excelencia, acaso tropical para los estándares de la época, se dudaba que hubiera participado de los preceptos románticos al cotejarlo con el romanticismo europeo.

La llamada de atención postcolonial a deconstruir los binomios literatura-ciencia, Ilustración-Romanticismo, resultado de la compartimentalización dogmática que el siglo XIX capituló, abunda en la necesidad de atender al efecto de transmisión de ideas que el Romanticismo supuso:

Romanticism played a distinctive and unique role in the «temporal exchange» of global capitalism, whereby the antique, the curious, and the picturesque were imported to the metropolis, as modernity, technology, rationalism, and «universalist» were exported to the periphery⁴.

Entendiendo así que el Romanticismo encarna la moneda conceptual o el agente de intercambio de muchos de los ideales dieciochescos de la Modernidad, la concepción tropicalista a la que nos aferramos es un efecto directo de tales trueques, inspirados por los viajes que los exploradores internacionales emprendieron principalmente por el Pacífico y el contacto con sus gentes.

Los navegantes contemplaron y plasmaron en toda su extensión conceptual y representativa, ya fuera en forma de cartas de navegación, mapas, descripciones, pinturas, esbozos, relatos, y lo hicieron desde las presunciones culturales que formaban el imaginario occidental; suponen en su sentido amplio, espejos

3. Véase a este respecto el estudio del profesor SEBOLD, Russell P. *La filosofía de la Ilustración y el nacimiento del Romanticismo español. Trayectoria del Romanticismo español*. Barcelona: Crítica, pp. 75-108.

4. LEASK, Nigel. *Curiosity and the Aesthetics of Travel Writing 1770-1840*. Oxford: Oxford University Press, 2004, p. 52.

y visiones culturales que delatan los entresijos de los múltiples discursos dieciochescos. Tal proceso de inscripción se desarrolló sustancialmente durante el paradigma moderno hasta llegar a un revisionismo general de la época postcolonial coetánea. Debido a que tales visiones fueron impuestas sobre mundos desconocidos y tal lenguaje tuvo que ser inventado o transferido, los discursos sobre la tropicalización no han sido en ningún momento de su historia homogéneos, sino caracterizados por su hibridismo; las variaciones han sido múltiples, determinadas más por la tipificación que por la generalización, oscilando en todos los órdenes de pensamiento desde los bosques forestales hasta las islas desiertas; a veces caracterizados por los efectos climáticos desde los huracanes hasta los tifones; ya fuera por la vegetación, la jungla o el bosque tropical, o bien por la situación geográfica: África, Oceanía, India, América del Sur; o desde el punto de vista etnológico de sus gentes y reducidos de forma simplista a la hospitalidad o a la antropofagia de sus pobladores. Aunque parecieren compartimentos estancos, tanto la geografía como la cartografía o la etnografía, son vasos comunicantes que formaron parte del imaginario moderno. La división en este ensayo responde a cuestiones expositivas, sin embargo, como Peter Hulme ha recabado, el concepto de tropicalidad prevalece en el siglo XVIII como un «constructo de circulación y comparación»⁵ (Driver, 2005: 7).

La facultad de «mapear», trasladar a un mapa sistemas o estructuras conceptuales, según el diccionario de la Real Academia Española, la aceptamos genéricamente como un proceso de interpretación que implica un procedimiento de inscripción, ya sea cartográfico, gráfico, textual o de cualquier otro tipo desarrollado a partir del siglo XVIII en su vertiente científica por ramas como la geografía, las cartografía o la etnología. El eje en que se desarrolla la observación e imagería del viaje de Francisco Mourelle estuvo en gran medida supeditado al ejercicio cartográfico, empresa implícita en la preparación y adoctrinamiento de los navegantes desde las primeras empresas descubridoras. Ambos órdenes de pensamiento, observación e imaginación, son esferas recurrentes que definieron el discurso dieciochesco; los diarios de navegación rinden culto a la cosmovisión ilustrada, lugar común donde abundan e interactúan por un lado la planificación, la objetividad, la austeridad y, por otro lado, el esquema romántico que vislumbra la imaginación, la sensibilidad. De este modo, aunque el atlas cartográfico haya sido tradicionalmente asociado a la objetividad, en un proceso deconstructivo, el «mapa», en todas sus manifestaciones, deja entrever un imaginario fragmentado, un discurso científico a merced de la intuición y la afectividad, un viaje entre la observación y la sensibilidad, entre la proyección y la receptividad.

5. DRIVER, Felix. *Op. cit.*, p. 77.

1. LOS MAPAS GRÁFICOS: CARTOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA

Ya desde la época de los primeros descubrimientos aparece la polisemia del término con el que aludimos a estos textos al referirnos a las *cartas* como escrito, información sobre las nuevas tierras en forma de narraciones que contiene escritos del día a día (Diarios de navegación, Cartas de relación), y por otro lado comunicaciones o despachos con el fin de poner al tanto a un semejante (misivas). Durante el siglo XVIII, como texto de descubrimiento la *carta* sigue perfilando todas las variantes semánticas expuestas puesto que se constituye en información presentada (Carta de relación, diario, misivas, bitácora, etc.) y en formación visual representada.

En este viaje emprendido entre Manila y San Blas de Nayarit, Francisco Mourelle participó en un primer momento como segundo comandante, bajo las órdenes de Bruno de Hezeta, y tuvo como objetivo socorrer las Filipinas «con caudales, tropas y pólvora», debido a la guerra contra Inglaterra. Sin embargo, la fragata Princesa una vez en Manila, recibió, al mando de Francisco Mourelle, un nuevo destino por parte del gobernador de Filipinas, José Basco y Vargas y tuvo que partir indeterminadamente con provisiones para seis meses, en los cuales surcó las aguas del Pacífico, explorando las islas Salomón, algunas otras de la actual Micronesia, Tonga en el archipiélago de Vavau y las Islas Marianas. La duración total del viaje fue de 10 meses y seis semanas. Las órdenes de partida, llegadas desde Manila en pliego cerrado, le dictaminaron que pasase al puerto de Sisiran y allí esperara hasta recibir nuevas disposiciones. La situación en aquel puerto fue bastante intempestiva y precaria debido a las desfavorables condiciones meteorológicas. Ello hizo que los víveres se corrompieran y que parte de la tripulación, diezmada por las enfermedades, llegara a desertar. Francisco Mourelle logró reemplazar ciertos aparejos necesarios para la navegación hasta recibir los pliegos del gobernador con disposiciones de conducirlos con la mayor premura hasta San Blas. Las circunstancias y sentimientos contrariados de Francisco Mourelle se hacen patentes a continuación:

El espíritu que siempre me ha animado por el mejor servicio del Rey, y el deseo de contribuir en algún modo a la perfección de la geografía, me hacían olvidar algunos momentos la infeliz situación en que emprendía mi salida; y resuelto a buscar todos los medios posible para contribuir mi viaje, me hice a la vela el 21 de Noviembre de 1780 del puerto de Sisiran para el reyno de Nueva España⁶.

Este viaje, a finales del otoño (21 de noviembre de 1780), se desarrolló en la estación contraria a la que se realizaban normalmente los viajes a Filipinas,

6. MOURELLE DE LA RÚA, Francisco. *Diario de Mourelle*. Editado por Amancio Landín Carrasco. Madrid: Ediciones Cultura hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978, p. 279.

durante los meses de verano. Además de la contrariedad estacional y debido a la precipitación del viaje, esta nueva empresa se hizo prácticamente a ciegas, sin conocimiento de las cartas de navegación realizadas por navegantes anteriores como Byron, Carteres, Wallis, Boungaville, Cook o Dampier:

Bien me hizo la experiencia de conocer en lo sucesivo la notable falta que me hicieron los conocimientos de dichos viajes, pues la continua vista de muchas islas, baxos, etc, que no se hallaban sobre una carta de Mr. Bellin, que únicamente llevaba para mi gobierno, me obligaron a vivir con el desvelo que pide un repetido descubrimiento, sin que pudiese por la misma falta comparar mis islas y tierras vistas con aquellas que en sus navegaciones descubrieron dichos navegantes⁷.

Francisco Mourelle, consciente de la situación precaria de su viaje, conocedor de que otros habían surcado aquellas aguas y la posibilidad de compararlas con las de otras cartas de navegación opta, honestamente, por no descubrirse a sí mismo:

En lo sucesivo se evitan los nombres que puse a todas las tierras que descubrí, y no las hallaba sobre mi carta; porque en la tabla que acompaño de sus citaciones y tamaños, están distintamente los de cada una, hasta que algún día la comparación de ellas con las descubiertas por los viajeros de esos mares, me de la facilidad de conocerlas por sus primitivos nombres⁸.

Denis Cosgrove, señala como una constante en la tropicalidad, la distancia que ofrecen las descripciones de los exploradores, refiriéndose a ellas en muchos casos como un paisaje gráfico visualizado permanentemente desde la cubierta de un barco (Driver, 205). La costa se convirtió así en el punto de encuentro, la frontera, la línea imaginaria o punto de unión del horizonte de expectativas y el de visiones puntuales que ofrecía cada una de las tomas de contacto emprendidas con aquellas islas del Pacífico; de otro modo, suponía la convergencia discursiva entre lo observado y lo imaginado.

El contraste entre cierta visión idílica tropicalista, imperante ya en el siglo XVIII, y la observación pretrechada por Francisco Mourelle es manifiesta y se traslada a la semántica asociada a los topónimos concedidos por Francisco Mourelle. El sello anímico y permeable de su sensibilidad predomina frente al que contienen las páginas que remiten al orden de navegación, llenas de tecnicismos y de un estilo flemático. Alejado de este último, el gallego deja la pluma austera para dar largas a los sentimientos de alegría que le apabullan a él y a su tripulación ante

7. *Ibid.*, p. 279.

8. *Ibid.*, p. 281.

el encuentro de una isla, que poco después al divisarla desde una distancia más cercana pasa a llamarla significativamente de la Amargura:

La complacencia general se apoderó de todos los corazones y los semblantes, que antes ofrecía el aspecto más melancólico manifestaron entonces un particular extremo de alegría, que sepultaba en el olvido las miserias pasadas. Cada cual pensaba en las frutas deliciosas que su imaginación le hacía esperar de aquella isla, y se representaba como perfección de su felicidad los claros arroyos que baxarían de la montaña donde saciarían la sed que los abrasaba. Pero poco duraron estos momentos dichosos; pues habiéndonos acercado a muy corta distancia de ellas vimos claramente que sus escarpadas orillas no ofrecían paraje oportuno para desembarcar, ni hallábamos abrigo donde dexas caer nuestras anclas: de suerte, que con la horrible perspectiva de sus montes y faldas, que ni tenían árboles ni campos que indicasen los esperados socorros, cayeron de nuevo en su antiguo desconsuelo, a pesar de haberles persuadido que bien presto veríamos otras tierras, y en ellas sin duda hallaríamos lo que deseábamos⁹.

Francisco Mourelle disuade al lector del edénico y costumbrista «topus tropicalis» substrayendo la parte, la Isla de la Amargura, por el todo, la incertidumbre de llegar a otras islas donde conseguir la ansiada aguada y las frutas con el fin de saciar la hambruna y curar los males del escorbuto. Al hilo de esta dialéctica entablada en los consiguientes descubrimientos por parte de Francisco Mourelle, se nombra las islas a las que arriba en función de la experiencia y los sentimientos que experimentan: Amargura, Puerto del Refugio, o Consolación.

El discurso tropicalista de la abundancia había permeado sin duda el imaginario dieciochesco pero la experiencia marítima de la tripulación de la Princesa desbanca las paradisíacas iconografías al uso. Si la falta de agua, sin duda, melló la imaginación de los marinos, el mayor problema que habría de usurpar la paciencia de aquellos tripulantes fue la plaga de cucarachas que royeron la mayor parte de las diezmadas viandas. De esta guisa, entre la sorna y el terror, narra el almirante la lucha contra tal calamidad:

No es posible figurarse cual fue la multitud de este insecto devorador: era fuerza, para persuadirse de su realidad, haber visto con los propios ojos la lamentable situación a que no reduxeron, y observar como aquellos individuos del equipaje que por la suavidad o dulzura de sus carnes les ofrecía agradable pasto, no hallaban paraje a propósito en el buque donde refugiarse de su temible persecución; hubo muchos, cuyas frentes y cejas y las yemas de sus dedos amanecían diariamente descarnados hasta soltar la sangre, sin que bastasen a disminuirlas cuantas providencias se

9. *Ibid.*, p. 287.

tomaron de repartir por todas partes vasijas con agua y miel, que cada cuatro horas se llenaban y arrojaban al mar¹⁰.

La espeluznante experiencia kafkiana contrasta en dos o tres días a posteriori con el encuentro paradisiaco en toda regla donde llegan al Puerto del Refugio y donde son agasajados con todo tipo de manjares, surge así el contrapunto dual. La escritura contempla la tradición de la relatoría y construye un mapa cuyas coordenadas son dotadas de un campo semántico anímico que la propia experiencia ordena. Ambas, la carta geográfica y la relatoría, recorren un mismo trecho. El relato alcanza entonces su éxtasis al detenerse con toda serie de detalles e impresiones en la experiencia vivida, hasta tal punto que el autor, consciente del interés etnológico y científico, inserta en su carta de navegación una digresión explicativa sobre diferentes aspectos y eventos del tiempo acaecido en la isla, y que obviamente cautivaron la atención del navegante. Tanto la narración contextual de la propia relación de Francisco Mourelle como la digresión sirven de catalizador del mapa etnográfico del que damos cuenta a continuación.

2. EL MAPA HUMANO: ETNOGRAFÍA

La derrota del viaje de Moruelle nos transporta desde las islas del Almirantazgo (Archipiélago de Bismarck o Islas Manus) hasta el archipiélago de Tonga, donde la situación precaria, la falta de agua y alimentos hace que *La Princesa* se detenga para reponer las viandas, la aguada y para arreglar desperfectos.

Si el continente americano revolucionó la mentalidad europea con respecto a la situación geográfica, geológica o física en general, ese mismo pensamiento novedoso se extendió a la concepción histórica de las nuevas tierras descubiertas hacia el Pacífico. Cabe recordar que el mito de la existencia de la Terra Australis y del paso del Noroeste, dejaron de serlo como tales en el siglo XVIII. A ojos del observador europeo, sumido en una cosmovisión de cariz rousseauniano, se constituían estas tierras como un continente en un periodo de precivilización o de inmadurez que Europa ya había abandonado.

De la misma manera que hemos categorizado la visión dual respecto a la visión/observación cartográfica, ésta se repite parcialmente con respecto a los nativos, ya fuera para ensalzarlos por su naturaleza pacífica o para desvirtuarlos por su naturaleza bélica. Aunque el patrón binómico persiste en la exploración humana del viaje de Mourelle, es preciso distinguir un punto de flexión respecto a ese par; el que muestra por un lado la observación provista desde la

10. *Ibid.*, p. 286.

borda y trasladada a coordenadas, números, y enunciados por la ciencia de la época y aquella, que por otro lado, abarca el desembarco, el contacto con los nativos y las descripciones personales de Francisco Mourelle.

El siglo XVIII supuso el cambio paradigmático que marcó la diferencia de los descubrimientos renacentistas de cariz geocéntrico, inspirados en la diferencia religiosa respecto al nuevo episteme racial; el colonialismo religioso llegó a ser suplantado por su variante racial como construcción de la otredad. Si bien es cierto que en los siglos precedentes las descripciones etnológicas habían sido una constante, es a partir del siglo XVIII cuando surge el discurso antropológico, el cual en el siglo XIX dará paso al registro racial. La transcendencia de este proyecto antropológico reside en las operaciones de poder que sobre estas poblaciones recaen. La dimensión racial de la tropicalidad estuvo sujeta también a mutaciones; el color oscuro empezó a ser reducto de tropicalidad, pronto la variación en la gama entre el color claro y el más oscuro los dotó de connotaciones negativas frente al etnocentrismo blanco. La africanización del Pacífico se produjo a través del Caribe, basado en el par edénico-primitivo que los primeros colonizadores europeos importaron y difundieron. Si la «civilización» y el color de piel blanco estaban asociados normalmente a las zonas templadas del planeta, situadas entre los paralelos 30° y 60°, a finales del siglo XVIII tal presunción empezó a derrumbarse y a dar pie a las teorías migratorias. Si la desnudez e incluso la feminización o infantilización como símbolo de incivilidad desde los primeros encuentros estuvo vinculado de alguna manera a la idea de paganización —el indio era bautizado y vestido para su conversión—, a finales del siglo XVIII, el discurso antropológico se apropia de otros modelos contruidos sobre la diferencia racial y dramáticamente sobre el evolucionismo social y biológico. Este proceso dará lugar a una oposición conceptual entre primitivismo y exotismo con respecto al nativo. En relación con esta última noción, uno de los factores que postularon el grado de civilización dentro del dualismo entre lo primitivo y lo exótico fue el nivel tecnológico, clave determinante en la evaluación del Otro respecto a su exotismo o bien a su primitivismo. A colación de lo anterior, Francisco Mourelle relata un primer encuentro en las Islas del Almirantazgo (Archipiélago de Bismarck en Papúa Nueva Guinea¹¹) con algunos nativos que intentaron abordar la nave:

Estas gentes no se diferencia de los negros de Guinea, pues en pelo, color, labios y ojos le son perfectamente semejantes, y se nos presentaron enteramente desnudos,

11. España obtuvo la isla de Annobón, la Guinea continental debido a una cesión por parte de Portugal el 24 de marzo de 1778, con la firma del Tratado de El Pardo, por la que España cedió territorio en América: la colonia de Sacramento y la Isla de Santa Catalina. Sin embargo, el comercio de esclavos desde el Golfo de Costa de Oro y de Guinea se había mantenido persistentemente desde el siglo XV.

sin más armas que muchas flechas muy toscas con puntas de pedernal, pero sin arcos para dispararlas; también traían algunas redes de pescar, que sin duda será el noble instrumento con que buscan subsistencia¹².

Al llegar al archipiélago de Tonga, Mourelle de la Rúa recalca de modo inexorable en la fisonomía y en las conductas, ensimismado en una visión exótica de los lugareños. Tal cambio contrasta con el primitivismo que denotaba su enunciado anterior. Las observaciones eurocéntricas de Mourelle, tanto en la narración de la carta de relación como en la digresión insertada, se concentran en describir la estatura de aquellas gentes, sus vestimentas, así como sus rasgos fisiológicos:

El rostro de estos hombres y mujeres era muy bien perfeccionados; y como en el discurso de mi vida vi tanta calidad de indios, todos de semblantes desagradables, mayormente en sus narices, que ni en los parajes próximos a la equinoccial, ni en los más septentrionales, hallé jamás algunas de mediana elevación que parecieron unos hombres diferentes de aquella multitud que pueblan las Américas: en ello no observaba aquel humor taciturno y melancólico que conservaban en un profundo silencio todos los naturales del nuevo Continente, y en particular las mujeres, que no articularán fácilmente una palabra después de muchas instancias...¹³.

A medida que prosigue la narración en ese acercamiento a la costa se aventura más allá de la visión del litoral apercibida desde la nave y se interna en la playa para constatar las relaciones cercanas que mantiene con los nativos. El discurso de Mourelle se trastoca y revierte en una observación/visión humanizada. Contrasta entonces la distancia de la escritura perfilada, por un lado, por el deber profesional de escribir la carta de relación, y por otro, la sensibilidad personal hacia aquellas gentes y costumbres. Dentro de este orden en el que se enmarcan la relación y negociación de significados, las relaciones con los lugareños fue compleja y sobre todo aquellas que inspiraban relaciones afectuosas; se trata del impacto del primer encuentro donde se vislumbran las relaciones de poder y de sorpresa que caracterizan cualquier evento de tal magnitud. Las mujeres se convirtieron en uno de los factores referenciales tropicalizadores, encarnadas en el tópico sensual que destilarían posteriormente las pinturas de Paul Gauguin, Hollywood o las guías turísticas al uso de nuestros días. El relato de Francisco Mourelle corrobora hasta qué punto la propagación del mito femenino sexual de las mujeres del Pacífico se había extendido ya desde el siglo XV y se generalizaría hasta bien entrado el

12. *Op. cit.*, p. 281.

13. *Ibid.*, p. 307.

siglo XX¹⁴. El navegante había preparado a su tripulación para evitar las trifulcas posibles:

En las canoas venían muchas mujeres, cuyo rostro no fue desagradable a nuestra vista, vestidas del propio modo que los hombres, con petates, o los más distinguidos con las estrazas desde los pechos que dexaban descubiertos hasta los pies [...].

El hijo de Tubou me conducía de parte de su padre una mujer de 22 a 25 años; y cuando con su regalo me la ofreció, procuré con un aire de desprecio e indignación desagradecerle un presente que ninguno de mi buque podía recibir, haciendo el punto que la devolviese a tierra, asegurándole que nosotros no necesitábamos de tal socorro [...].

Este proceder, aun cuando no fuera conforme a la pureza de mis pasiones, era una política que seguida uniformemente en las acciones sucesivas quitaba de sus corazonces todos los motivos de celos que en los descubrimientos son regularmente el origen de discordias y odios interminables¹⁵.

La intención de Francisco Mourelle fue internarse en la isla para abastecerse de agua, acompañado para ello del hijo de Tubou, el cacique de aquellos indígenas. Este primer contacto desembocó en la posterior visita correspondida del propio Tubou y los consiguientes obsequios y fiestas, haciendo honor a la tradición hospitalaria del Pacífico. El relato se explaya describiendo la desconfianza y temor que suscita ese primer desembarco al disparar varios tiros de cañón «para que los isleños concebiesen el estrago de nuestra armas» (292), hasta la primera toma de contacto con el Tubou o cacique al que acompañaron en un primer momento los Eguis o venerables ancianos.

Al intento por conseguir agua en repetidas ocasiones desembarcando en la isla, le siguió la visita de la reina al barco, el ofrecimiento de frutas, uñes (ñame), cocos y pescado, y las celebraciones festivas en la isla donde tuvieron lugar varios combates. Llama la atención, sin embargo, debido a la candidez de su descripción, la desazón mostrada por Mourelle ante la bebida con la que fue agasajado, así como la veladas boxeísticas donde las féminas participaron con tanto denuedo como los hombres:

El Rey mandó que las mujeres combatesen al puño como los hombres; y en efecto, tanto se enardecían, que a no separarlas de tiempo no se dexarían diente ni muela;

14. Paloma Fresno Calleja señala que el ejemplo más destacado es el de Margaret Mead, antropóloga norteamericana que viajó a Samoa en 1925 y expuso con la publicación de *Coming of Age in Samoa* (1928) su teoría sobre la adolescencia de las jóvenes de las islas, obra que sirvió como guía cultural y científica de ciertas percepciones coloniales que describían a las jóvenes nativas como las practicantes de una sexualidad libre.

15. *Op. cit.*, pp. 299-300.

mas como me compadeciese sensiblemente, le pedí que cesasen; cuya súplica fue inmediatamente concedida, celebrando entre ellos la compasión con que miraba a aquellas jóvenes combatientes¹⁶.

Uno de los lugares comunes del tropicalismo del siglo XIX y XX es el paisaje formulado como un constructo marcado por la exuberancia, la frondosidad y la abundancia, así como la idea preconcebida del surgimiento de la naturaleza por generación espontánea. Se trata del espacio idílico del coleccionista y del botánico, el espacio tropical como un ente auspiciado por la *incivilidad* de sus gentes y que forma un paisaje peculiar. Si veíamos al comienzo las expectativas de Francisco Mourelle y su decepción al llegar a la isla de la Amargura, su partida de esta última isla disiente de la primera al señalar el carácter de civilidad de la Isla de Refugio, recalando el grado de civilización que otorga a aquellas tierras y a sus pobladores, lo que le distancia de cierto tropicalismo primitivista al uso que dictaron tanto visiones anteriores, así como aquellas otras narraciones que se distorsionaron posteriormente:

La fertilidad de las tierras convida a un provechoso cultivo, pues en todas ellas hay innumerables cicales, plátanos, crecidos sembrados con el mejor orden que hasta entonces vi; de suerte que haciendo visual del primer pie, se cubren rectamente todos los de aquel surco, muchos sembrados de ufis, como se deja ver de la gran cantidad que conducían a mi bordo, otras raíces mas dulces de la misma especie, rimas, cañas dulce, frutas como manzanas, naranjas y toronjas,: finalmente yo salí conducido por dos o tres Eguis a unos fértiles campos, en los cuales admiré la hermosura con que estaban estas siembras¹⁷.

Al igual que en el resto de Europa y en la línea de los pensadores ilustrados, la organización social y la capacidad comunicativa barajaron el juicio de los exploradores. Los términos «indios», «bárbaro», «salvaje», «primitivo», aunque son utilizados por Francisco Mourelle de forma general y con diferentes matizaciones, estos perseveran en cierto pensamiento maniqueo que induce de nuevo a la visión extrapolada por la distinción entre lo exótico y lo primitivo; unas que reclaman las connotaciones displicentes de los mismos, otras para recalcar en una actitud afectiva. Tanto la capacidad comunicativa del aprendizaje de la lengua como la de formarse en sociedad fueron determinantes en las concesiones que definían al «Otro». Montesquieu en su obra *De l'esprit des lois* (1748), distingue entre salvajes («ne peuvent pas se réunir»), los que no se han podido unir, y bárbaros, los que se han unido en grupos. El propio término «bárbaro», *babbler* (balbuceante de otra

16. *Ibid.*, p. 296.

17. *Ibid.*, p. 299.

lengua que no era el griego), que importaron los ilustrados de la tradición griega hacía alusión a esa capacidad racional del hombre para asociarse y comunicarse, la visión placentera que nos ofrece a este respecto Mourelle nos induce a una visión afectada, de algún modo idealista. En este caso se vislumbra una dimensión tropicalizadora deconstructiva por parte de Francisco Mourelle que corre paralela a la capacidad afable y de comunicación respecto al «Otro»:

Su idioma nos fue muy fácil de pronunciar como a ello el nuestro: y al residir juntos algunos meses hablaríamos indistintamente los unos la lengua de los otros: si mis congojas no hubieren ocupado con tanta desazón mi pensamiento, de luego hubiera sacado los hombres de cuanto conduxesen a una regular inteligencia de su explicación; pues en sólo un corto rato que quise entretener noté varias partes del cuerpo humano, y el modo de contar hasta diez¹⁸.

En cuanto a otras observaciones descritas, Francisco Mourelle alude de manera especulativa a la falta de observaciones religiosas de tradición cristiana por parte de los nativos, a los ornamentos o collares llevados por los Eguis, así como el rito del *tutu-nima*, un sacrificio que consistía en sajar la falange de un dedo con el fin de conseguir el restablecimiento de un jefe. En otro régimen de observaciones, Francisco Mourelle en la intermisión insertada en su relato, «Digresión incluida después de concluido el viaje», hace hincapié en los diferentes aspectos tecnológicos y sociales que aborda. El carácter digresivo del relato nos lleva a compartir con el narrador el carácter reflexivo exigido por el tiempo transcurrido, la distancia de los hechos acaecidos, así como el carácter selectivo de sus impresiones. En esas descripciones Francisco Mourelle, debido a su deformación profesional, menciona diferentes aspectos de la tecnología marina, con especial atención a las naves utilizadas por los nativos, similares a los catamaranes actuales:

Yo hice que mi carpintero, por las mismas dimensiones, fabricase un pequeño modelo, que se aparejó del mismo modo que los originales: éste para en mi poder y de sus estructura concebí que los hombres que quisiesen discurrir los más que puede caminar sobre las aguas cualquier máquina por fina y delicada que sea, deben proponerse por objeto esta especie de buques; pues disminuyendo el volumen de las aguas, aumentan hasta lo infinito la potencia del velamen, y conserva la posición horizontal de las embarcaciones que contribuye a su velocidad¹⁹.

18. *Ibid.*, p. 300.

19. *Ibid.*, p. 302.

En esa misma consigna tecnológica que aborda la intermisión incluida, Francisco Mourelle alaba las edificaciones donde habitaban los indígenas. Las mismas eran construidas sobre pilares con cubiertas de palmas, la entrada se orientaba hacia donde corría comúnmente la brisa para de este modo facilitar la ventilación. Al par de sus descripciones, Francisco Mourelle insiste repetidamente en la humanidad de aquellas gentes; describe sus vestimentas, insiste en los gestos del aseo personal, relata los rasgos fisiológicos de los nativos a quienes describe tanto física como psicológicamente. Muestra especial atención a la veneración expuesta hacia el Tubou, alabando su hospitalidad y desdeñando actitudes que posiblemente hicieron difícil la interacción entre ellos, sobre todo la de los hurtos acaecidos, los cuales condujeron a tensiones entre ambos. Es preciso notar que estas acciones nefastas, reclama el comandante de *La Princesa*, fueron desdeñadas por los propios nativos.

Las órdenes recibidas por Francisco Mourelle eran explícitas, su consigna era llegar al Puerto de San Blas a la mayor brevedad posible. Las penurias se acrecentaron por la falta de provisiones debido a la putrefacción así como a la a la plaga de cucarachas. De esta suerte se dirigió hacia las Islas Marianas para abastecer las naves de víveres y de aguada. La situación llegó a un momento crítico y algunos miembros desertaron. Sin embargo partió de las mismas hacia el Puerto de San Blas, en el Reino de Nueva España, a donde arribó el 27 de septiembre de 1781.

3. CONCLUSIONES

Si destacamos algunos de los «topoi» más comunes del viaje de Mourelle asociados con la tropicalidad aparecen con más insistencia: el devenir del viaje oceánico, el sentido de la abundancia de la naturaleza, la sensualidad del primer encuentro, y como colofón, el binomio primitivismo-exotismo. Al reflexionar sobre la dialéctica tropicalista expuesta por Mourelle en su viaje, es preciso notar que la visión costera, desde la borda del barco, desde la distancia «objetiva», pergeñada en la descripción o en el mapa conceptual de la derrota marina, frecuentemente recalca en el «paisaje tropical». A menudo la toma de contacto con ese *Otro* lleva a convertir el discurso impersonal de la observación, surgido desde la borda, desde las expectativas y necesidades del viaje en un espejo de convenciones donde las relaciones con los nativos reproduce una imagen distorsionada. Por otro lado en el Diario de Mourelle se aprecia un discurso poblado de descripciones, conformado por los sentidos, y confeccionado en función de las impresiones y emociones del navegante. El observatorio del diario de navegación que comúnmente se nos muestra tan hirsuto, forjado en el paradigma de la objetividad, como el de cualquier otro de los navegantes que le precedieron, se decanta hacia la diferencia hasta mostrar la comprensión de la realidad aprehendida a través de un lenguaje emotivo. Los sentidos, especialmente la vista, incitan a un orden de sensibilidad

diferente, producto de una visión que aboga por una humanidad creciente, que desdén el hurto, la violencia, la violación, identificándose con los atributos del oriundo y que se embelesa y se equipara con un ideal de belleza eurocéntrico, al mismo tiempo que surge la hospitalidad, se asombra ante la tecnología, alaba la lengua, o incluso se sorprende de la feracidad de la propia naturaleza. El análisis al que nos hemos aferrado en este ensayo ha abogado por desentrañar, no tanto un proceso de proyección que recaba en una visión hierática, varada en el paisaje y en los fondos idílicos tropicales, sino en un proceso discursivo sometido a negociaciones de significados, que el navegante estima, donde se pondera y se descubre a sí mismo en tanto en cuanto se relaciona con los nativos y descifra sus querencias y propensiones. Francisco Mourelle de la Rúa, actante de su tiempo, no desdice en modo alguno su época y el contexto, sino que revela las aporías de la Modernidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- APARICIO, FRANCES and CHAVEZ-SILVERMAN, Susana. *Tropicalizations*. Hannover: University Press of New England, 1997.
- BENJAMIN, Walter. Trad. de Jesús Aguirre *Discurso interrumpidos*. Madrid: Taurus, 1982.
- DRIVER, Félix y MARTINS, Luciana. *Tropical Visions on an Age of Empire*. Chicago: University of Chicago Press, 2005.
- DUCHET, Michèle. *Antropología e historia en el siglo de las luces: Buffon, Voltaire, Rousseau, Helvecio, Diderot*. 1.^a ed., México: Siglo XXI, 1975.
- EDMOND, Ron. *Representing the South Pacific: Colonial Discourse from Cook to Gauguin*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- FABIAN, Johannes. *Anthropology with an attitude: critical essays*. Standord: Stanford University Press, 2001.
- FRESNO CALLEJA, Paloma. «Travesías literarias en el Pacífico: De los mares del sur a la nueva Oceanía». En <http://www.publicacions.ub.es/revistes/bells13/PDF/articles_02.pdf>.
- GERBI, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. Trad. de A. Alatorre. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- IAROCCHI, Michael. *Properties of Modernity. Romantic Spain, Modern Europe, and the Legacies of Empire*. Nashville: University Press, 2006.
- LEASK, Nigel. *Curiosity and the Aesthetics of Travel Writing 1770-1840*. Oxford: Oxford University Press, 2002.
- MOURELLE DE LA RÚA, Francisco. *Diario de Mourelle*. Editado por Amancio Landín Carrasco. Madrid: Ediciones Cultura hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978.
- PAGDEN, Anthony. *European Encounters with the New World*. New Haven: Yale University Press, 1993.
- SEBOLD, Peter. *La filosofía de la Ilustración y el nacimiento del Romanticismo español. Trayectoria del Romanticismo español*. Barcelona: Crítica, 1983.
- THOMAS, Nicholas. *Colonialism's Culture. Anthropology, Travel and Government*. New Jersey: University Press: New Jersey, 1994.
- TODOROV, Tzvetan. *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI, 1991.
- WAINWRIGHT, Leon. «Solving Caribbean Mysteries: Art, Embodiment and an Eye for the Tropics». *Small Axe*, 2008, vol. 13, n.º 1, pp. 133-144.